

n.º ref 4298

CEDOC
FONS
A. VILABOT

BOLETIN NACIONAL DEL REQUETE

AÑO I — NUM. 2

DICIEMBRE DE 1956

MADRID



Con honda satisfacción y el mayor orgullo rendimos en este segundo número de nuestro Boletín homenaje a S.A.R. Don Hugo Carlos de Borbón y Borbón, primogénito de S.M. Don Javier.

El 22 de Abril de 1930 nació en la emigración por la fidelidad que su Augusto Padre y Abuelo guardaron a la monarquía tradicional española. Doctor en Derecho por la Universidad de la Sorbona, ha cursado Ciencias Políticas en la Universidad de Oxford, preparándose con gran aprovechamiento para la alta misión que está llamado a cumplir en España. En la medida que las circunstancias se lo han permitido ha visitado España de riguroso incógnito, como en los años de 1954 y 1955, en cuyos viajes se puso de manifiesto el amor que siente hacia su Patria y al Requeté.

Nosotros los Requetés nos honramos de contar entre nuestras filas a S.A.R. el Príncipe Don Hugo Carlos.

No es posible el monólogo

Al reseñar los actos que tuvieron lugar en Burgos en Octubre de 1936, al ocupar la Jefatura del Gobierno del Estado Español y el mando de los Ejércitos, como Generalísimo, el hasta entonces Jefe del Ejército del Sur, Excmo Sr. D. Francisco Franco, se ha hablado de cómo en la histórica ceremonia que se desarrolló en el Palacio de la Capitanía General de Burgos, había máximos representantes en aquellos días de la Comunión Tradicionalista. Se ha hecho ya público que antes del decreto de unificación de la Comunión Tradicionalista y la Falange Española de las J.O.N.S., los Jefes autorizados de ambas organizaciones habían celebrado reuniones para llegar a un acuerdo que hiciera posible el entendimiento de las dos únicas fuerzas que contaban con milicias suficientes en el frente, en orden a la estructura política del régimen que poco a poco, se iba conformando.

Ambas cosas quieren decir algo que no se puede olvidar: que los requetés, la milicia de la Comunión Tradicionalista, tenían un peso propio en la vida del naciente Estado, respaldado por los fusiles de sus mazos que hablaban en el frente, y por la organización civil de retaguardia: Juntas Carlistas de Guerra y «Frentes y Hospitales», principalmente. Como lo esencial era ganar la guerra contra el enemigo común, diversos hechos escamotearon esta verdad, que no pudo estar ausente del Desfile de la Victoria, en el que los Tercios de toda España pasaron ante la multitud con sus gloriosas y envejecidas banderas.

Lo que no es fácil de entender es que, los dirigentes tradicionalistas y falangistas estaban de acuerdo para llegar a un entendimiento, se decretara una fórmula de unificación que no tuvo

la sanción de los realmente llamados a darla, por más que, como acabamos de afirmar, estuvieran de acuerdo en llegar a una colaboración política más efectiva.

Al cabo de los años se ha comprobado que lo que se hizo oficialmente sirvió entonces quizás — hasta podemos llegar a admitirlo — para no poner obstáculos a los impulsos que nos ayudaban a ganar la guerra, pero tampoco es menos cierto que nadie ha visto representados a los tradicionalistas en la nueva organización política, de tal forma que hasta los tres o cuatro casos de antiguas carlistas que prestaron su colaboración al régimen han renunciado, por igual, a la camisa azul y a la boina roja cuando van a actos oficiales de uniforme, por más que estén totalmente separados de la disciplina política a la que antes se acogieron.

A nada conduce que las cosas se mantengan, pues, como están, con una ficción que no tiene ningún objetivo serio, ya que no puede decirse que lo que cuenta en la nación es únicamente lo que admite una situación que no posee la mínima base efectiva. Si fuera cierto que los españoles no discurren y actúan más que por un cauce único, no veríamos tan extraviado el sistema, pero es que un estado de cosas tal como el que hay en España, impide la clarificación de ambientes, el ver dónde está cada uno, y los grados de amistad o enemistad que poseen. Si todo ello se hace por aspirar a convencer a los que no están acogidos a las banderas levantadas oficialmente, no hay más que invitar a que se repase la situación con toda objetividad, con ánimo de penetrarla, para aborcarla, no con anteojeras o con cristales de color de rosa.

(Continúa en la 3.ª página)

NO SOMOS CARNE DE CAÑÓN

«El Requeté vuelve a organizarse...», «ya hay muchos Tercios completos...» Esto es verdad, pero que nadie pueda pensar que venimos a tapar de nuevo la brecha que otros hicieron, porque sí, sin más ni más, porque nos gusta hacer de héroes y de mártires. Hemos oído las voces de sirena que hablan de nuestro patriotismo y de nuestro permanente sacrificio, pero ya es mucho patriotismo y mucho sacrificio el de más de un siglo sirviendo de carne de cañón.

Sí, es cierto que estamos otra vez presentes en la vida nacional, pero no venimos a defender la hacienda de nadie, ni siquiera, tampoco la demócrata y burguesa conciencia de los empeñados en encender hoy una vela a Dios, para ofrendar mañana otra al equivocado concepto de su misión, incluso vocacional. No queremos morir. Queremos imponer el peso de nuestra fuerza para apoyar las razones que nos asisten, la principal de las cuales es no volver al estúpido punto de la Monarquía liberal en lo que ha sido la noria política española.

A los millares de mozos que en sus casas aguardan vigilantes el toque de llamada no les gusta morir jóvenes, pero sí sabrán poner el peso de la cordura y la sensatez cuando falle —como estuvo a punto de fallar un pasado febrero— el pulso de los más llamados a conservarlo inalterable. En este terreno estamos que nadie pretenda sacarnos de él. No somos conspiradores perpétuos, pero tampoco somos idiotas llamados a sacar a nadie las castañas del fuego a última hora, después de que tanto se nos despreció. En el camino de la defensa de la Patria todos, absolutamente todos, pueden encontrarnos, y la salvación de la Patria pide en este momento no llegar a hacer imposible todas las soluciones que se

DERECHAS E IZQUIERDAS

Por un mágico encanto surgió de una simple orden, de una ley, se intentó superar la clásica división de las tendencias políticas en derechas e izquierdas. Es incomprensible —se dijo—; todos los españoles no deben ser más que españoles, y no puede admitirse ninguna división entre ellos, no cabe que sostengan diversas posturas u opiniones ante los problemas o las orientaciones ideológicas. Partido único, fué la consigna, y todos de él; se prohíbe hablar de derechas e izquierdas. Esta fué la fórmula. Con ella nada perdían, ciertamente, las izquierdas que habían sido derrotadas en la guerra. De una forma u otra no se les iba a dejar hablar, de manera que —¡, además, no dejaban hablar a los que desde otra posición opuesta les habían vencido tanto mejor, porque si los del monólogo se equivocaban —cosa bien posible, en quien no admite más opiniones que las propias—, se habían equivocado todos los vencedores, por más que todos no participaran en la dirección de esa victoria.

Han pasado cerca de veinte años desde que, oficialmente, se suprimieron las derechas e izquierdas. Las izquierdas, lo que se entendía bajo tal denominación, en plena oposición, trabajaron en la clandestinidad, y si iban a la cárcel de nada podían quejarse porque los que gobernaban eran sus enemigos. Todos los grupos que no habían sido del bloque de izquierdas, que por opinar lo contrario que ellos se llamaban lo contrario, derechas, y que como tales habían combatido a las izquierdas hasta lograr la victoria, sufrieron igual amordazamiento que la izquierda. fueron desorganizados todos sus grupos, y más perseguidos y más vigilados que sus propios enemigos.

Solo los que se decían enemigos de derechas e izquierdas, creyendo milagrosamente resuelto el problema de la unidad y de la convivencia nacional,

actuaron y hablaron, dirigieron y mandaron, sin atender a la realidad de los hechos, más fuertes que lo que ellos idealmente pudieran desear. Pero esto trajo una serie de dificultades que tenemos ante los ojos, y que es preciso vencer. Las izquierdas en la sombra, tienen su organización; las derechas —lo que se entendía por tales— aún las que prestaran colaboración a la victoria, están desconectadas y sin orientación por las dificultades derivadas de la clandestinidad de la comunicación. El peligro de la izquierda está por eso ahí, ahora más seguro que nunca, y sólo los ciegos pueden dejar de verlo. Nosotros, los tradicionalistas, los carlistas, los requetés, no podemos actuar como la democracia cristiana —ningún enemigo a la izquierda— que empieza a entenderse con los que se creen van a venir, por más que nunca dejaron de tener importantes puestos en la cabeza del régimen, facilitando de esta forma la entrada de quienes con su repulsa no tendrían ni la menor esperanza de retornar a sus trágicas experiencias. Nosotros no podemos hacerlo porque dejaríamos de ser lo que somos, y perderíamos la mayor fuerza de nuestra ejecutoria: la eterna fidelidad a los principios, la honradez inmaculada en la acción política.

No es hora de lamentaciones ni pensar en quién tiene la culpa, aunque no podamos desconocerlo, si no de tomar posiciones y de actuar. Nosotros trabajaremos por organizar las fuerzas que puedan defender en todos los terrenos un orden social y público, una estabilidad institucional, una prosperidad económica, que se quiso lograr con el esfuerzo de Julio de 1936 y lucharemos contra quienes quieran llevarnos a experiencias como las pasadas.

Ante la nueva situación, que cada uno cargue con su responsabilidad, como nosotros estamos conscientes de la nuestra.

ofrecían como seguras y eficaces el 18 de Julio de 1936, todavía inéditas. Que nadie espere contar con nosotros para probar de nuevo pactos y componendas como aquellas de los

liberales monárquicos con los enemigos del general Primo de Rivera, o las que se casieron, irresponsablemente, en el famoso pacto de San Sebastián, que nos trajo la segunda república,

La consideración social del trabajo

Mella considera el trabajo en este sentido orgánico y armónico de la sociedad, como un orden en el que concurren todos los factores que hacen posible la producción económica. De aquí se deriva el hecho importantísimo de no considerar como elementos antagónicos a estos factores, sino armonizados por la realización de su fin específico, para el que todos son necesarios, sin que quepa elevar la función de uno de ellos para menospreciar la de los demás. Todos son igualmente importantes y necesarios en relación con la obra hecha o por hacer. La exaltación del capital o del esfuerzo obrero, o de la técnica del perito, son visiones parciales, y por tanto inauténticas, de la realidad. La producción es obra de una serie de trabajos de distinta significación y contenido, y «en esa gradación de trabajos en que el material es el único que han visto las escuelas individualistas y socialistas hay una «jerarquía» que empieza en el más inferior, en el trabajo mecánico; que sigue por el trabajo científico de aplicación y por el administrativo del mismo empresario; que continúa con el trabajo docente, y que llega a la invención. Y partiendo así de aquel trabajo más ínfimo, en que menos inteligencia se pone, se llega hasta aquel otro en que resplandece con la llama del genio en los grandes inventos que alumbran el nacimiento de todas las industrias».

Por lo que se refiere al capital niega la definición de la economía liberal que lo considera como un producto destinado a una nueva producción, con lo que habría de ir a encontrar la causa primera de ese producto, que se transforma indefinidamente en nuevos productos, base a su vez de nuevas realizaciones, hasta un punto en que el capital no sería producto de un capital anterior, ni del trabajo de los hombres, sino del Creador de la naturaleza.

Tampoco es cierto, según afirma el liberalismo, que el trabajo sea una mercancía sometida a la ley de la oferta y la demanda, y es que por ser asunto privado debe estar sometido exclusivamente a la voluntad de las partes, entre las que el más fuerte lleva las de vencer, por el contrario, con la economía católica, que el trabajo, como actividad de una persona, no es una simple fuerza mecánica sino humana, y, como tal, regulada por la ley moral, es económicamente el contrato de trabajo directamente social por sus resultados, y la jerarquía de los Poderes de la sociedad —no sólo el Estado— tiene el deber de regularlo.

Niega también Mella que la economía se regule por las leyes naturales, que, por sí mismas, armonizan todos los intereses en el que las partes no tienen igual fuerza, pues lo contrario sería injusto. Es falso, por otra parte, que los mismos que lo proclamaron hayan practicado «el dejar hacer, dejar pasar». Porque, «¿qué intervención mayor cabe que romper una a una las articulaciones del cuerpo social, y disgregarlo y reducirlo a átomos dispersos, para darles, a pesar suyo, la libertad del polvo, a fin de que se moviese en todas las direcciones según los vientos que soplasen en la cumbre del Estado?» (Ob. comp. T. XXVIII. Pág. 311).

A este sentido armónico de colaboración de todos los elementos de trabajo hacia la obra, ha añadido Mella su idea de trabajo integral, en el que entran desde la investigación hasta la más simple realización material. De este concepto del trabajo integral resultan importantes consecuencias. «La primera de ellas es que no hay ningún trabajo autónomo, todos son solidarios y dependientes, recíprocamente. No hay ningún trabajo que pueda decir que le corresponde íntegro el producto; porque como no es el único que produce, como tiene colaboradores en los demás trabajos, sólo tendrá derecho a la parte suya; pero no a todo el producto que él no engendra totalmente. La segunda consecuencia es que no puede haber un trabajo común para todos; que si hay excepciones, ellas confirman la regla; pero hay trabajos tan especializados, que, además son incompatibles con las aptitudes que suponen y, desde luego, con el tiempo que requieren; y así, quien se dedica preferentemente a una clase de trabajo, no puede dedicarse a los otros; y aquí otro corolario: todos los trabajos entre sí son solidarios e interdependientes. La tercera consecuencia consiste en que cada categoría de trabajo origina una clase, y de la interdependencia, de la solidaridad que existe entre ellos, se deduce la armonía y no la lucha de clases».

La armonía y relación entre los distintos sectores del trabajo exige una norma jurídica que la haga posible, un cuerpo encargado de interpretarla y aplicarla, y además el poder coactivo suficiente para que las decisiones de los encargados de darlas no sean burladas. Con lo que también estos factores contribuyen a hacer posible la tranquila vida del mundo del trabajo y de la economía, dando lugar a lo que en la determinación de la renta nacional, aparece bajo la rúbrica general de «Servicios».

NO ES POSIBLE EL MONÓLOGO (Continuación)

No puede haber nada fuera del cauce que se abrió el 18 de julio, ya que lo contrario sería volver a la guerra civil, y una guerra civil más tremenda que la pasada, porque los que pregonan la «integración» y la «solu-

ción pacífica del problema español», serían los llamados, éstos segundos por ánimo de revancha, aquéllas para disculparse pasadas actuaciones, a encenderla. Esto es verdad. Pero es hora de pensar si nos llevan a

igual doloroso trance quienes se obstinan en no querer ver tal como es la realidad española. La fría rigidez no conduce más que a la rotura sin composturas. Son muchos los que tienen que hablar

(Continúa en la página siguiente)

CRISTO ERA DE LOS NUESTROS

En el corazón del agro jienense, con sus casas blancas en torno al castillo y a su iglesia renacentista, pasaba sus días *Lopera* gozando de una paz virgiliana que deshizo la guerra que recuperó la Patria. Pronto las trincheras rompieron la perfecta geometría de las plantaciones de olivos que la rodean; como así sus calles se vieron desiertas y sus hogares abandonados, dándole a la villa un matiz de tristeza que se reflejaba en las caras de los pocos vecinos que, con riesgo de sus vidas, burlaron el éxodo obligado. Un silencio de necrópolis la invadía, que sólo lo alteraba el tronar del cañón y el aullido lastimero y supersticioso del perro sin amo. Y fué un día de Carnaval del 37 —Carnaval que puso en el rostro de los muertos caretas de horribles muecas— cuando las fuerzas de Dios y de España operaban por Málaga; el ejército rojo, para contrarrestar aquella acción gloriosa, lanzó sus efectivos —en inútil maniobra estratégica— contra las líneas que defendían este pueblecito del Santo Reino. Desde bien temprano empezaron a surcar el espacio balas y abusos, que según avanzaba el día aumentaban la destrucción y la muerte. De los cerros cercanos llegaban mensajeros portadores de angustiosas demandas, para los que sólo había la oferta de la resistencia y el sacrificio supremo; que consigna que cumplieron los soldados de la Tradición con sus pechos henchidos de fe y heroísmo, por lo que de cada trozo de tierra que pisaron hicieron un altar de la Patria.

No transitaban por las calles más que camilleros, enlaces y acemileros que transportaban municiones, mientras en la lobreguez de los sótanos se refugiaban las familias que con voz velada por el pánico elevaban sus rezos al Altísimo. No cesaba el trágico tableteo de las ametralladoras, y de vez en cuando la artillería reducía a escombros humeantes las viviendas; y es que aquellas fuerzas, además de tener algunos nexos con aquel Duhesme de Montjuich, también quisieron imitarle en el propósito y empeño que el francés tuvo para la conquista de la fortaleza catalana, y que Galdós nos refiere en sus Episodios: «El 24 llegó,



el 25 la atacó, el 26 la tomó y el 27 la arrasó». Pero si el enemigo parecía querer emular al gallo, a los bravos *Requetés* les llegaban aquellas palabras del general Alvarez de Castro —que también, según el autor citado, pronunció por aquella ocasión, cuando el sitio de Gerona— y que son: «Si no se puede resistir el asalto y los franceses entran en la ciudad, moriremos todos, y después se hará lo que convenga». Y, efectivamente, ése era el espíritu de los defensores, porque tenían decididamente puesta su confianza en Dios.

Era por la tarde y el ataque aún seguía con la misma intensidad. De aquí para allá corrían noticias tristes y escépticas:

—En la posición tal hay tantos muertos y cuantos heridos...

—¡Se han acercado al puentel

—¡Atacan más de dos brigadas!

Junto a la torre de la iglesia había un teniente —rubias patillas a lo Zumalacárregui, y roja baina con plateadas flores de lis—. Con impaciencia esperaba

que le diesen la orden para ir a reforzar con su sección. Cerca del lugar estallaron varios proyectiles al mismo tiempo; ante la explosión y al rebotar los cascos de metralla a sus pies, no pudo contenerse su enlce y exclamó:

—¡Mal está «esto», mi tenientel

—¡Esto nunca estará mal mientras Este sea de los nuestros!

Y enarboló con su diestra un Cristo que colgaba de su cuello, pendiente de un cordón rojo y gualda.

Fuó descomponiéndose el cielo en tonalidades rojas y grises, dándole paso a la noche.

Al resguardo de una esquina, un capellán con barba de capuchino, signaba con el Sacro Oleo a un moribundo en la misma camilla... «Morirémos todos, y después se hará lo que convenga»... Y sólo conviene presentarnos ante Dios y ante la Patria con la satisfacción del deber cumplido.

(De la Revista RED, n.º 56, páginas 22 y 23, por CARLOS BARBERAN VALCARCEL).

(Viene de la página anterior)

en nombre de aquella fecha del año 1936, que no fué —ni mucho menos— un monólogo. Abrase el diálogo con los que tienen algo que decir, no con los que sólo saben adular, y lo encuentran todo bien, ni tampoco con aquéllos que quieren gritar únicamente para imponer su demagogia, llámese cristiana o marxista; ciérrase la boca a quien

pretenda retroceder el ambiente y la vida española a épocas pasadas, al 13 de abril de 1931 o al 15 de julio de 1936. La tradición que recoge todas estas experiencias, no se para en un punto ni se agota cansada o envejecida, porque su juventud es perenne. Por eso ella sola habla con la voz inconfundible de la que está en la entraña de la sangre de cara al porvenir.